

Raquel Tirado

FAR

*Gol en
las estrellas*



FAR. ★ ★ ★ ★

*Go! en
las estrellas*

1.ª edición: febrero de 2026

© Del texto: Raquel Tirado Fernández, 2025.
Autora representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Ilustración de cubierta: Claudia Durán
Diseño de cubierta y del plano: Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-19831-65-1
Depósito legal: M-24425-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Raquel Tirado

FAR. ★ ★ ★

*Got en
las estrellas*

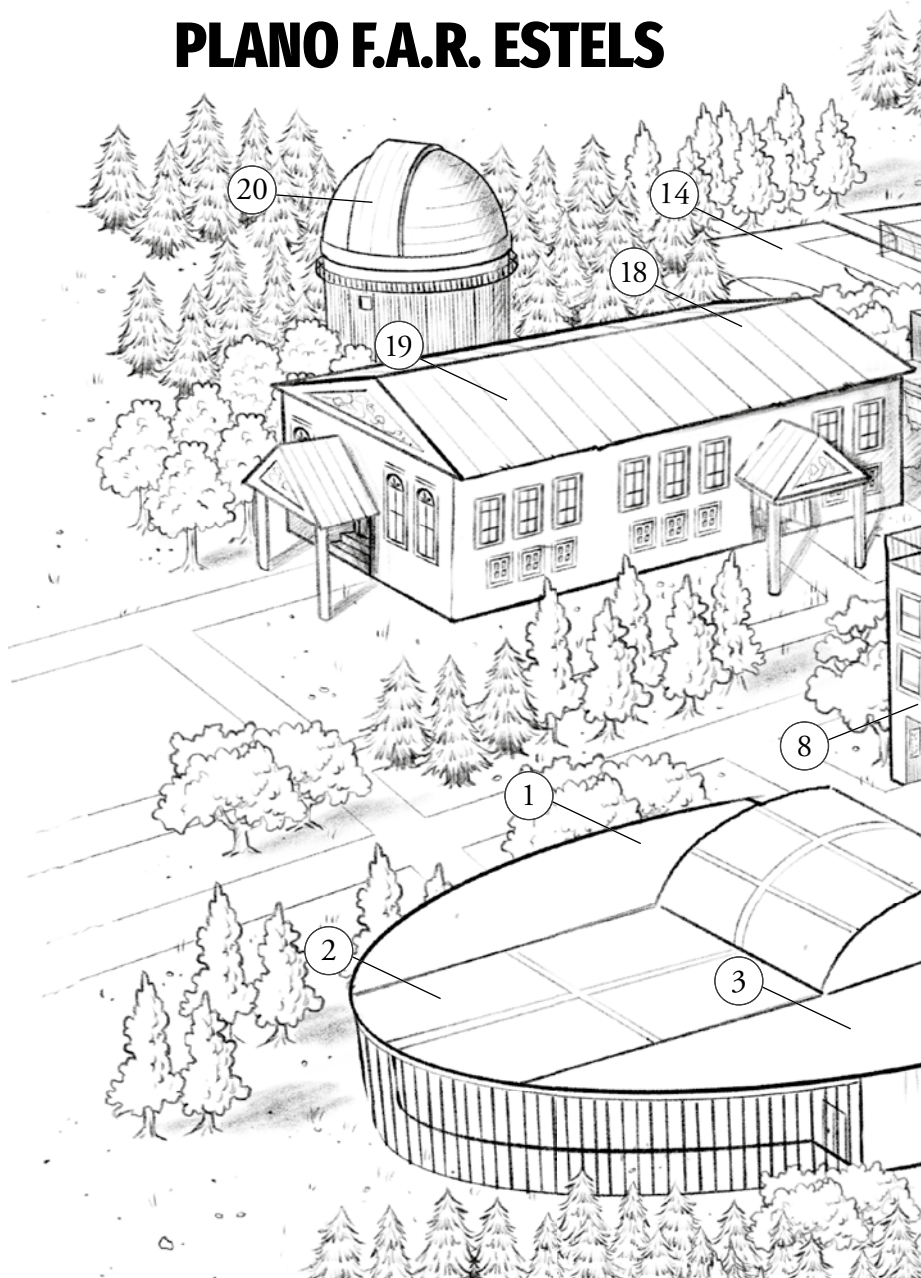
FANDOM BOOKS

A mis hermanos: Dani y Andrea.

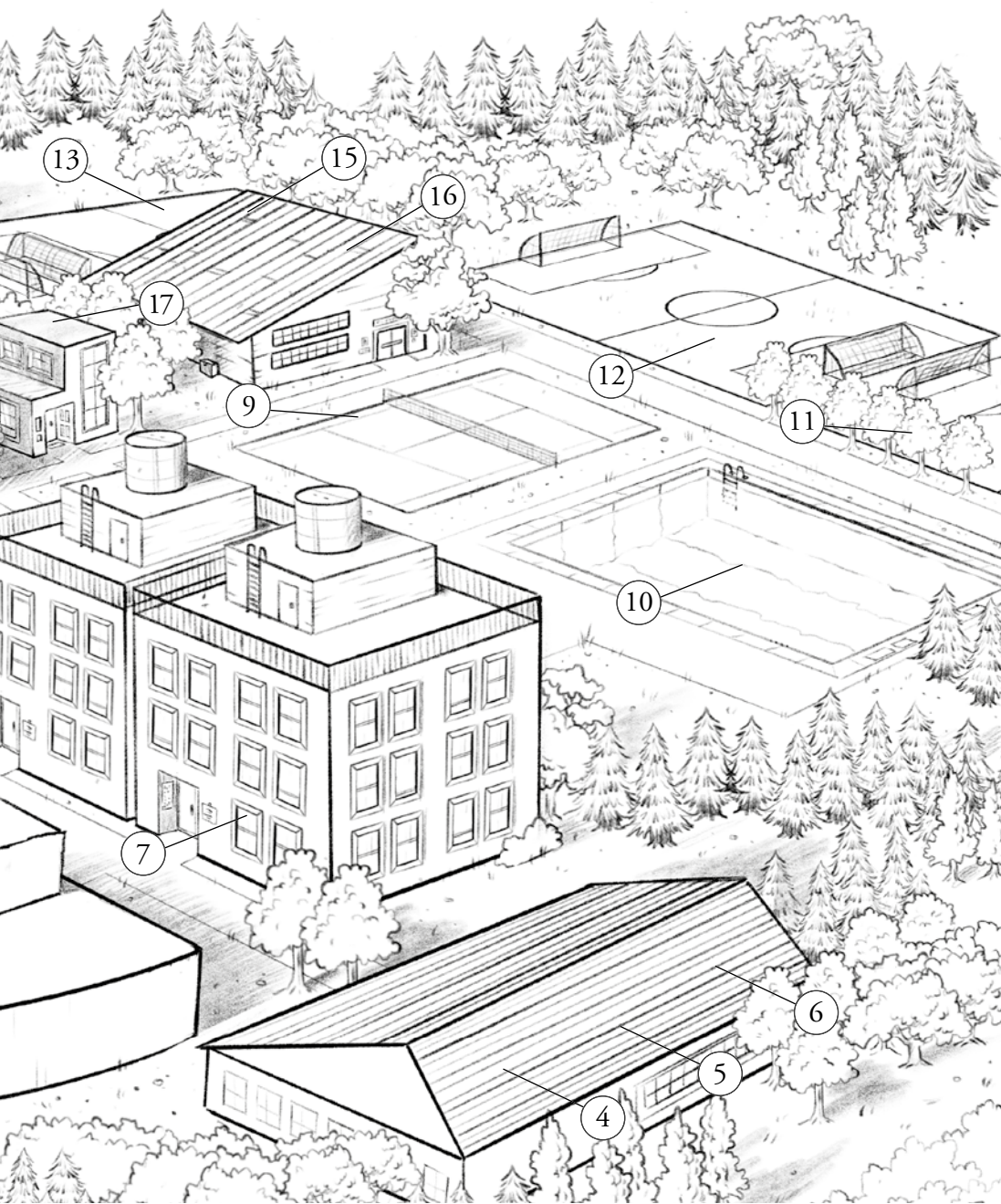
Allá van con el balón en los pies,
y ninguno los podrá detener.
El estadio vibra con la emoción
de ver jugar a los dos.

—*Oliver y Benji*

PLANO F.A.R. ESTELS



- | | |
|------------------------|-------------------------|
| 1. Sala de estudio | 6. Cafetería |
| 2. Paraninfo | 7. Residencia masculina |
| 3. Museo F.A.R. Estels | 8. Residencia femenina |
| 4. Cine privado | 9. Pista de tenis |
| 5. Sala recreativa | 10. Piscina |



- 11. Campo Juvenil A femenino
- 12. Campo Juvenil A masculino
- 13. Campo Juvenil B femenino
- 14. Campo Juvenil B masculino
- 15. Vestuarios
- 16. Gimnasio

- 17. Enfermería y fisioterapia
- 18. Despachos de entrenadores, profesorado y dirección
- 19. Aularios
- 20. Observatorio

NUEVO CURSO EN EL CENTRO DE FÚTBOL DE ALTO RENDIMIENTO

¡El inicio de la temporada de fútbol juvenil de los centros de alto rendimiento deportivo está a la vuelta de la esquina! Si bien había dudas sobre la viabilidad de los centros de alto rendimiento dedicados exclusivamente al fútbol, todas se han disipado. Ya son muchas las comunidades autónomas que se han sumado a esta tendencia, formando a sus equipos masculino y femenino.

Por supuesto, la Comunidad Valenciana no podía quedarse atrás y el exfutbolista y exentrenador estadounidense Zacharias Holt se encargó de ello al fundar el centro Estels. Este curso dará comienzo el 18 de septiembre con un discurso a cargo de Holt.

«¿Alguna vez has pensado en los talentos que se quedan sin descubrir solo por no tener los recursos necesarios? Yo me enfrenté a todo tipo de adversidades para llegar a donde estoy hoy. Muchos compañeros se quedaron por el camino y me niego a perder a las nuevas generaciones de futbolistas. A diferencia de otros F.A.R., en Estels garantizamos una beca completa para que nuestros estudiantes se vuelquen en el fútbol mientras completan su formación preuniversitaria», ha declarado el CEO.

Sobre la polémica con respecto al trato de favor hacia sus hijas, que cursarán este año primero de bachillerato en el F.A.R., Holt ha afirmado: «Los apellidos no están reñidos con el talento. ¿Alguna vez se criticaría al hijo de un médico por seguir la misma carrera que su padre? Desde luego que no. No existe

ningún tipo de favoritismo. Las gemelas brillan por sí solas y esta temporada, como la anterior, lo demostrarán con creces».

Pronto quedará cerrada la hoja de ruta de esta nueva temporada y disfrutaremos de los primeros partidos de la liga Inter F.A.R. de Juvenil A y Juvenil B tanto masculina como femenina. Tras la liga regular, los ocho primeros clasificados de cada categoría disputarán los play-off por el título.

Ya puedes echar un ojo a los nuevos fichajes del F.A.R. Estels. ¡El futuro del fútbol está en sus manos! O más bien... En sus pies.

ANTES DE LA LIGA

CAPÍTULO 1

Dafne

Érase una vez una chica más veloz que las ráfagas de viento, que las mareas o que el mismo tiempo. Una chica a la que le gustaba mucho más correr que andar. Dafne Cabezón, una delantera imbatible, gol tras gol tras gol. Con cada partido estaba más cerca de conquistar el mundo entero.

Entonces, por desgracia, cumplió seis años.

Su primera gran caída se quedó grabada en su memoria y en su rostro para siempre. Corría, volaba, llevaba consigo el balón con el que ganaría un mundial de fútbol, en su cabeza, se movía entre las nubes y hasta los pájaros coreaban su nombre. Lanzó el balón directo a la portería, pero no se dio cuenta de que frente a ella había un poste metálico. Marcó el gol, pero chocó de lleno y su frente quedó marcada por una cicatriz con forma de estrella.

Para Dafne crecer fue como ese golpe. Se dio de bruces con la realidad: no era extraordinaria.

Ya no sentía que atravesaba el campo en un parpadeo. Resultó que ese campo en el que jugaba después de clase no era tan grande en realidad. En el colegio le dijeron que era rápida, pero

solo para ser una chica. Ya no estaba convencida de que, cuando fuera mayor, los niños llevarían camisetas con su nombre.

De pronto, le pareció ridículo responder «futbolista» a la pregunta «¿Qué quieres ser de mayor?».

El fútbol se convirtió en un mero pasatiempo que compartía con su hermano mellizo, Silas. Aunque, a veces, aún le dolía.

Porque Silas todavía pensaba que el fútbol era posible.

En el caso de Dafne, otros sueños habían ocupado su lugar.

Entonces, de rebote, contagiada por la ilusión infantil de Silas, decidió acompañarle a su segundo intento en las pruebas de acceso para uno de los centros académicos de fútbol de alto rendimiento más prestigiosos del país.

Quizás de rebote, la seleccionaron.

Ahora, casi diez años después de ese día en el que creció, Dafne volvía a soñar con el fútbol.

Porque seguía viendo un poco de magia en todo aquello: el F.A.R. que sería su casa durante los siguientes dos años, en el que la prepararían simultáneamente para la universidad y para convertirse en futbolista profesional, se llamaba Estels. En valenciano, *estel* significaba estrella, como la que tenía en la frente, justo encima de su ceja izquierda. Quizás la magia la acompañaba, aunque ella la hubiera rechazado.

Sentía que ese era su sitio. Lo había sentido durante todo el verano, mientras preparaba una hipotética temporada de fútbol, antes incluso de saber si la habían escogido. Y ahora que estaba ahí lo sentía todavía con más fuerza.

Era su sitio, estaba claro, pero...

—No me lo esperaba así —murmuró Pablo Cabezón, su padre, mientras atravesaban la entrada y emprendían el camino colina arriba arrastrando sus maletas y acompañados del resto de alumnos y familias.

—Eso es porque te perdiste la jornada de puertas abiertas —recriminó Claudia Sierra, su mujer.

Y es que la ladera que debían subir desde la puerta de entrada se hacía interminable. Sobre todo, estando cargados.

Frente a ellos: se erguía un paraninfo gigantesco de estructura semicircular. Estaba construido con muros de piedra color gris plomizo y columnas del mismo color, que podían confundirse con un cielo lleno de nubes. Era tan anodino que parecía que ahí dentro no podría ocurrir nunca nada excepcional.

Sin embargo, se celebraba la ceremonia de bienvenida.

Los padres de Dafne bromeaban con que el futuro de sus hijos estaba escrito en las estrellas, pero, en realidad, estaba escrito entre esos muros de piedra.

Siguiendo a la marabunta de nuevos alumnos, Claudia Sierra tiró del hombro de su hija para estrecharla con fuerza junto a su hermano.

—Sois cabezón y cabezona, como vuestro padre. No veáis la que liasteis para salir de aquí abajo... ¡Menudo sufrimiento! Vais a conseguir todo lo que os propongáis en la vida.

Dafne y Silas se miraron y juntaron sus frentes, como habían hecho siempre desde que eran niños. Aunque, antes, se golpeaban con tanta fuerza que más de una vez se hicieron un chichón.

La madre aprovechó para darles un abrazo. Al lado, el mismísimo padre cabezón se secaba las lágrimas.

—Os quiero mucho —dijo la madre dándole un beso en la mejilla a Dafne—. Mucho —Otro beso—. Portaos bien. No hagáis ninguna locura. Cuidad el uno del otro.

Fue sumando consejos mientras los llenaba a ambos de pintalabios rojo. A Dafne no le importó quedar en evidencia delante de sus nuevos compañeros, porque ella también echaría de menos a su madre. Y ahora cada instante sabía a despedida.

—Nos sentaremos al fondo, ¿vale? Vosotros podéis ir donde queráis —comentó el padre.

Dafne agarró el asa de su maleta con más fuerza.

—Podemos estar juntos, ¿eh? No nos dais vergüenza ajena... Al menos, no todavía —dijo Silas.

—No, es mejor así... Tenemos que ir acostumbrándonos a... ya sabes —insistió el hombre secándose el ojo, emocionado.

Aunque las clases en el centro eran de lunes a viernes, tendrían entrenamiento los sábados y partido los domingos, por lo que los alumnos estarían internos y solo regresarían a casa en ocasiones especiales.

A sus casi dieciséis años, este era el primer bocado de independencia para los mellizos.

Volvieron a abrazar a sus padres.

—¡Volad, mis pequeños! —exclamó la madre, tan peliculera como siempre.

Y Dafne, más peliculera aún, alzó los brazos e hizo como que aleteaba. La maleta que arrastraba se cayó al suelo y la mochila que tenía en la espalda casi la desequilibró y a Silas le entró la risa. A Dafne le dio igual. Sintió que estaba volando de verdad. Otra vez. Como cuando era pequeña.

Por dentro, el paraninfo ya no le pareció tan corriente. Había un escenario en el fondo y las sillas de madera más elegantes que había visto jamás. Las primeras filas estaban reservadas con una cuerda de seda roja. Incluso había una zona con *catering* y un espacio para dejar las mochilas y maletas.

Los padres de los mellizos se sentaron en el fondo y, en cierto momento, Dafne dejó de verlos.

Se debatía entre la euforia y el miedo.

«Es real. Es real. Es real».

Sintió un retortijón en el estómago.

A su lado, Silas suspiró:

—Ojalá me hubieran admitido el año pasado. Todos están aquí desde cuarto de la ESO y ya se conocerán...

—¡No seas dramático! No somos los únicos nuevos y ya conocimos gente en el campus de verano...

—No sé a cuántos habrán admitido... Además, ¡no me cayó bien nadie!

—Qué pesado eres...

Agarró la mano de su hermano y volvió a sentir el pellizco en el estómago:

—Silas, creo que voy a vomitar. O a hacer caca. No sé. Lo que sea que siento va a tener que salir por algún sitio.

Silas no sonrió.

—Teta, no me jodas, no te puedes poner nerviosa tú que yo ya lo estoy suficiente por los dos. ¡Además, no me puedes dejar solo! ¡Esto va a empezar!

—Los baños están cerca, en el aulario... Volveré enseguida.

—Dafne, por favor.

—¿Prefieres acompañarme al baño de las chicas?

—Pero ¿en serio necesitas ir?

Otro retortijón, tan fuerte que esta vez lo oyeron los dos.

—Solo serán dos minutos. Puedes estar solo dos minutos

—Sonrió.

Silas asintió. Se soltaron las manos.

—Voy a sentarme, te guardo sitio —indicó Silas.

—Vale.

—Dos minutos.

—Dos minutos.

CAPÍTULO 2

Dafne

En unas horas el aulario se llenaría de vida, de alumnos que corren de una clase a otra, de hombros que chocan, de carpetas que se caen al suelo, de móviles que se esconden justo antes de entrar en clase... Pero en esos momentos solo había silencio.

Dafne estaba un pelín asustada. Más aún cuando al entrar en el baño ese silencio se rompió con un grito:

—¡Joder! ¡Me haces daño!

—¡Es que te estás moviendo mucho! ¡Si quieres, paro!

—No, no...

Había sangre en el espejo del cuarto de baño. Frente a él, dos chicas. A simple vista parecían iguales: negras, con las mejillas redondas, los ojos grandes y las orejas de soplillo llenas de pendientes.

Aunque había diferencias: una de ellas tenía el cabello de un color negro casi azul, trenzado con cascabeles y abalorios. Estaba prácticamente arrodillada, con la cabeza echada hacia atrás y la lengua fuera. La segunda era igual, pero llevaba el cabello negro rizado prácticamente a cero. Sostenía una aguja con una mano y

un hielo con la otra. Fruncía el ceño y Dafne temió que empuñara la aguja contra ella.

—Perdón... Necesitaba ir al baño... Yo... ¿qué estáis haciendo?

—*Oon porzong on lo longoo* —intentó hablar la chica de las trenzas azules.

—¿Y seguro que este es el mejor sitio? ¿Un baño?

—Está limpio a conciencia. ¡Y yo sé perfectamente lo que hago!

—*Noostroo podrooo...*

—Mi hermana lleva años queriendo hacerse el *piercing* en la lengua, pero Holt no nos ha dejado ni un segundo de libertad este verano. Por eso hoy empezamos el curso por todo lo alto.

Dafne hizo una mueca. Por una parte, quería hacer preguntas, por otra, disfrutaba de ir recopilando poco a poco cada pieza de información.

—Holt es nuestro padre. Durante el curso está más o menos ocupado dirigiendo esto, pero en verano solo puede entrenarnos a nosotras. —Se encogió de hombros.

—*Ooch* —se quejó su hermana.

—Oye...

—Dafne —se presentó.

—Dafne, ¿podrías pasarme algo más de papel higiénico? Y sujeta bien a Rain, anda.

Dafne obedeció y a modo de respuesta, la tal Rain le dedicó un pisotón cuando su hermana asestó el golpe final.

—*Doloo* —sollozó. Se le saltaban las lágrimas.

—Ya está, ya está.

La aguja había entrado sin dificultad y el pendiente, un brillante en forma de gota de lluvia, ya estaba colocado en la lengua.

Su hermana se encargó de terminar de limpiar la herida y luego todo el desastre. Dafne la ayudó.

—No nos hemos presentado. Me llamo Saylor Holt y esta es mi hermana Rain. Estamos en primero de bachillerato.

—Yo soy Dafne Cabezón... Bueno... Eso ya lo he dicho. ¡También voy a ese curso! Este es mi primer día aquí.

—¡*Qo toornoo!* —intentó hablar Rain. Cuando se movía, los cascabeles de sus trenzas tintineaban.

—Sí, muy tierna —repitió Saylor—. Nosotras entramos en cuarto de la ESO, pero igual vamos a la misma clase... Al mismo equipo, seguro.

Desde el baño se oyó un aluvión de aplausos.

—¡Joder! ¡Ya empieza! Holt nos matará si nos perdemos el discurso...

Saylor cogió a su hermana del brazo y a Dafne también, con más fuerza de la esperada. ¡Por poco no la tiró al suelo! La chica olía a jardín recién cortado y a melocotón, todo a la vez. Dafne no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

Las tres salieron del baño y corrieron hasta el paraninfo. Las gemelas tenían un asiento reservado en la primera fila y la invitaron a sentarse con ellas.

¡Dafne no podía creer la suerte que había tenido al conocerlas! Aun así, no quería dejar solo a su hermano.

Se sentó con él unas filas más atrás.

En el escenario había cinco personas. Dos mujeres y tres hombres vestidos exactamente igual: pantalones plisados, americana negra, camisa blanca. Uno de los hombres, piel negra, cabello gris y brillante, se acercó a un pie de micrófono y los otros se convirtieron en sus guardaespaldas. Tenía la misma sonrisa que sus hijas. Carraspeó antes de hablar:

—Si hay algo que aprendí durante mis más de treinta años como profesional de fútbol en Estados Unidos y que intento enseñar a cada nueva generación es que, en el campo, todos somos uno, es imposible ganar un partido estando solo. El fútbol es un deporte de equipo, al igual que la vida. Por eso, quiero daros la bienvenida, alumnos, jóvenes promesas, familias, un curso más, al centro de alto rendimiento deportivo Estels. Vamos a marcar muchos goles. Y vamos a hacerlo juntos, ¿de acuerdo?

El hombre se rio, hizo una pausa y todos entendieron que había llegado el momento de aplaudir. Dafne y Silas aplaudieron también. Después, su hermano señaló el reloj imaginario de su muñeca.

En vez de dos minutos, habían sido ocho.

Pero Dafne no llegaba tarde. La ceremonia de bienvenida acababa de empezar.

Su nueva vida, también.

CAPÍTULO 3

Silas

Érase una vez el chico más cobarde del mundo. Nunca nadie deseó con tanta fuerza una capa de invisibilidad o un caparazón de tortuga. Su hermana era de esas personas que, ante el peligro, se hacían fuertes y atacaban.

Silas Cabezón, en cambio, solo sabía correr. A veces pensaba que Dafne había nacido para salvarle, que era ese escudo que tanto ansiaba, porque el tiempo máximo que había aguantado sin ella fueron los dos minutos más que tardó su melliza en nacer.

Dos minutos de valentía y se los pasó llorando sin parar. Sus padres juran que solo se calmó cuando nació Dafne.

Entonces, por fortuna, llegó el fútbol.

En uno de aquellos infernales patios del recreo acabó arrinconado en una portería. El balón partía el viento, volaba a toda velocidad y, por primera vez, Silas no salió corriendo. Paró el balón utilizando todo su cuerpo.

Sus compañeros nunca habían coreado su nombre hasta entonces.

Ese día, desde ese mismo instante, dejó de ser un cobarde. O al menos, se convirtió en un cobarde que había aprendido a

disimular mejor su cobardía. Un cobarde que se transformaba en valiente cuando estaba frente a un balón.

Para Silas, el fútbol siempre había sido la única opción.

Por eso, cuando tuvo la oportunidad de hacer las pruebas para entrar en *Estels* no dudó un segundo en presentarse. Quería entrar en cuarto de la ESO. Fracasó. ¡Y eso que se suponía que el fútbol era lo único que se le daba bien!

Pero había vuelto a intentarlo. Esta vez junto a Dafne.

Y quizás porque su hermana era su talismán, lo había conseguido.

¡No se podía creer que cursaría bachillerato con ella!

Bueno... más o menos. Dafne le había dejado solo ocho minutos en la ceremonia de bienvenida y, para sorpresa de nadie, había aparecido de la mano de dos chicas con las que reía sin parar. Estaba claro que eran populares. Como para no serlo, si eran las mismísimas hijas del director, la leyenda Zacharias Holt (capitán en su equipo, dos veces campeón en la Copa de Oro, tres veces en la Liga de Naciones). Todos en el paraninfo las miraron cuando se sentaron justo en la primera fila. Su hermana Dafne era un imán para las cosas buenas: era extrovertida, hacía amigos con una facilidad impresionante y siempre se acercaba a las personas adecuadas. Estaba claro que si no hubieran compartido útero nunca habrían sido amigos.

En esos momentos, por supuesto, Dafne tampoco estaba con él.

En el centro había dos residencias, una masculina y otra femenina. Silas no volvería a compartir pared con su hermana. Y lo que era peor, no tenía ni idea de quién iba a ser su compañero de habitación. Un mes antes del inicio de curso, rellenó una especie de formulario de compatibilidad en el que respondió a todo tipo de preguntas absurdas como: ¿Prefieres salir de fiesta o quedarte en tu habitación viendo una película? (prefería quedarse en casa, gracias, tenía tendencia a liarla si salía). ¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta? (la trilogía de *Los juegos del hambre*, su cuaderno de dibujo y su estuche con los lápices y la pintura... no se

llevaría un balón porque estaba bastante convencido de que sería capaz de fabricar uno). Se suponía que las preguntas eran para encontrar al mejor compañero de habitación posible.

Pero Silas no se fiaba de los algoritmos. Sobre todo, porque, en su caso, no había sido demasiado sincero respondiendo a las preguntas... Ni libros frikis, ni miedo a perder el control en una fiesta, ni pasión por el arte.

Se había prometido a sí mismo que iba a ser una persona diferente. Nueva. Mejor. Una persona a la que le gusta el caos, la fiesta y que no pierde los nervios ante la más mínima complicación.

El problema era que todavía no se había acostumbrado a esa nueva personalidad. Por ahora, estaba encerrado con la antigua.

En la residencia había ascensor, pero como todos los alumnos estaban haciendo la mudanza a la vez, ya estaba lleno, así que Silas subió andando los tres pisos que le separaban de su destino, cargando con su mochila y maleta mientras pensaba:

«Si subo este escalón de un salto, me irá bien».

«Si llego hasta arriba en menos de treinta segundos, mi futuro compañero de habitación no me odiará».

El tercer piso estaba tan abarrotado de gente como los anteriores. Gente no. Chicos de su edad. Hombres. ¿Pre-hombres? Personas con las que compartiría pasillo y casa en los próximos años. ¿Los retortijones de los que hablaba su hermana antes? Lo de él era aún peor: estaba convencido de que había un banco de pirañas viviendo en su estómago.

Habitación 313. Había llegado.

«Si abro la puerta con la mano izquierda, saldrá bien».

Pero Silas no era Dios y no podía ni cumplir las promesas que se hacía a sí mismo.

La puerta ya estaba abierta, y, tras ella, su infierno particular.

Silas estaba temblando de rabia. ¿Para qué servía el cuestionario? ¿Había dejado claro que era una persona ordenada! ¿Tan ordenada que, de niño, se dedicaba a colocar bien la comida de las estanterías cuando iba al supermercado con sus padres!

Cogió el móvil, abrió el chat con su hermana y grabó un audio:

—¿Quién sufrió más, Jesucristo cuando le crucificaron o yo? Es una pregunta retórica, Daf. Yo. Evidentemente he sufrido más yo —Silas se mesó el flequillo de pelo negro y caminó por la habitación, bordeando las montañas de ropa—. Esto... Joder, es que no tengo ni palabras. Es que no se puede ni pasar. Mi habitación, porque esta es mi habitación, está llena de ropa. Y libretas. ¡Y discos! ¡Y una guitarra! Me ha tocado compartir habitación con un bohemio y todo el mundo sabe que los bohemios se duchan incluso menos que los futbolistas...

Silas guardó silencio. Siguió andando, jugando con la correa de su mochila e intentando controlar el banco de pirañas que había alcanzado su garganta. Respiró hondo. Una vez. Otra. No funcionaba.

Dafne le respondió enseguida.

Lo mío es peor!! Mi compañera pasa de mí! LITERAL! La he saludado y me ha girado la cara. Ahora se me ocurre que igual la tía es sorda, que no creo, pero si es sorda, pues ya la he liado...

—¡Ya me jodería, Daf! Te juro que esto le da mil vueltas. Creo que este chico piensa que está en una escuela de jardinería y no de fútbol. ¡Hay uno, dos, tres... cuatro cactus aquí! Es que está lleno de tierra... Hasta los calzoncillos se le han manchado.

Silas paró el audio y sacudió uno de los calzoncillos.

Y entonces se dio cuenta de a quién tenía delante: o bien era un ladrón sin camiseta que se había colado por la terraza de la residencia o era su compañero de habitación.

«Por favor, que sea un ladrón...».

El ladrón desordenado era un poco más alto que él. Tenía la piel del mismo color que el pan tostado, el cabello marrón chocolate, largo hasta casi los hombros y los ojos grandes con unos iris ámbar que parecían canicas al sol.

Le tendió la mano a modo de saludo.

—Hola, soy Nabeel. Compartimos habitación.

«Joder». Silas carraspeó, trató de recuperar la compostura, fue a darle la mano, pero entonces se dio cuenta de que seguía sujetando los calzoncillos.

Enrojeció hasta las cejas.

Seguro que el tal Nabeel estaba deseando darle un puñetazo.

—Lo siento —balbuceó Silas.

Soltó los calzoncillos y Nabeel los alcanzó al vuelo.

Se notaba que estaba fuerte. Si quisiera pegarle, podría romperle la nariz. En vez de eso, dijo:

—Gracias por limpiarlos.

—De nada. Son tuyos. Los calzoncillos, digo.

—Mis calzoncillos, pero nuestra habitación. Entra tus cosas. Perdón por lo de las macetas. Me las han regalado mis hermanos, una cada uno, llevan sus nombres y todo, son chulísimas... No conseguía abrir la puerta de la terraza y las he dejado en mal sitio.

—No pasa nada. Lo siento. De verdad —dijo Silas. Su corazón seguía latiendo frenéticamente.

—No pasa nada —repitió Nabeel.

Pero sí que pasaba. La vida de Silas acababa de cambiar, pero quedaba claro que él seguía siendo el mismo tonto de siempre.

HORARIO

FAR ESTELS primero de bachillerato

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes*
7:00-8:00	desayuno**	desayuno	desayuno	desayuno	desayuno
8:00-9:30	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO
9:30-10:00	ducha	ducha	ducha	ducha	ducha
10:00-14:30	clase***	clase	clase	clase	clase
14:30-15:30	comida	comida	comida	comida	comida
16:00-18:00	estudio	estudio	estudio	estudio	estudio
18:30-20:00	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO	ENTRENO
20:30-21:30	cena****	cena	cena	cena	cena

* ¿Y los sábados y los domingos?

Nos hacen creer que tenemos un poco más de libertad.

SÁBADO: desayunamos a las 9:00, de 10 a 11 entrenamos. A las 12:30 hay sesión de estudio. Muchos de estos sábados los pasamos desplazándonos porque jugaremos en la liga INTER F.A.R. y aquí los partidos siempre caen en domingo.

** Sobre el desayuno. ¡Por poco no llego! La cocina solo está abierta una hora...

*** Asignaturas de primero de bachillerato social:

- Lengua Castellana y Literatura 1
- Llengua Valenciana i literatura 1
- Matemáticas aplicadas a las Ciencias Sociales 1
- Historia de España 1
- Economía 1
- Filosofía

*** El toque de queda es a las 22:30.

Ambición, amor, secretos...

La liga no es lo único que está en juego

Dafne adora el fútbol, pero no sabe si ha hecho bien aceptando su plaza en el prestigioso centro de alto rendimiento F.A.R. Estels. ¿Ha dejado atrás su vida solo para tener que soportar la presión constante y el ego de sus compañeras?

Su estancia en el internado se vuelve más interesante cuando conoce a Hugo, veterano del Estels. Es encantador, sí, pero sus nuevas amigas le advierten que se mantenga alejada de él.

El mellizo de Dafne, Silas, ha ido al F.A.R. a cumplir su sueño. No debería perder el tiempo pensando en chicos. Ni en el que le rompió el corazón, y al que posiblemente tenga que enfrentarse sobre el campo, ni en Nabeel, que encima de ser simpático y guapísimo, es su compañero de cuarto...

*Te damos la bienvenida
al centro F.A.R. Estels*



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es